

He decidido hablar solo

Los tiempos están tan malos que he decidido hablar solo.

Pasan ahora tantas cosas con los amigos, puede uno confiar en tan poca gente, está todo el mundo tan afiliado a una filia o a una fobia, que he tomado una decisión a rajatabla, o sea, cargándome una silla al hacer el gesto voluntarioso y fulminante del decididor violento.

No le extrañe a nadie, pues, verme pasar por la calle hablando alto diciéndome cosas de una absoluta fidelidad, la única fidelidad en que puede creerse.

No significa principio de extravío esa altisonancia de mis pensamientos íntimos, sino pleno paseo conmigo mismo. Lo que me faltaba para no ser un fantasma, el rasgo más audaz de mi espíritu libre, ir silencioso, era algo así como una cobardía no queriendo demostrar que se es amigo de sí mismo, proclamando cierta vergüenza de hablarse con sinceridad.

Estoy convencido de que ir silencioso es ir como esos matrimonios que no se hablan o como los engolados y serios directores de procesión que marchan imponentes.

Las preocupaciones económicas actuales, el tener que calcular tanto el porvenir, la necesidad de ir repasando cábalas, el cerciorarse bien de los asuntos que nos incumben, todos hace que sea disculpable el hablar solo.

El género monologante que ha decaído tanto y que tan en desuso está, ganará partido y si el que habla solo está de vena y su inspiración es mucha, podrá llevar al retortero un auditorio sigiloso de admiradores. ¿Qué mejor espectáculo que el de la vida en pleno delirio de expresión?

La calle cada vez más desesperada de ruido, bocinazos, gritos de vendedores de periódicos, repercusión subcutánea del metro, etc., etc., aplasta tanto el silencio del pensamiento, que para reaccionar contra eso hay que dedicarse a hablar en voz alta como única manera de tener ideas. El pensamiento tácito no existirá en el porvenir de las grandes ciudades.

Prometo hablar solo, pero sin soltar esos gallos que sueltan algunos de los que hablan solos. El hablar solo es un arte cortés y educado que hay que dignificar evitando también ese hablar dramatizante con que asustan al que pasa algunos malos declamadores del monólogo para calles, plazuelas y vericuetos.

En esta aplastante tragedia de ver morir todas nuestras ilusiones, el hablar solo nos consolaba algo. No nos debe importar que las gentes vuelvan la cabeza para contemplar al que habla solo. En ese caso, se hace una pausa y se les deja con la horrible duda de su será un duende al que han oído.

Hablando alto, se prepara uno en el discurso que ha de soltar a ese que va a ver, en las reconvenciones que ha de decir a la novia, que no deja descansar los celos ni un solo día y además se discutirá mejor el pro y el contra de lo que se va a pretender.

¿Qué es una cuenta la que se va a arreglar? Pues no habrá equivocación en el cálculo que se haga, si antes hemos ido tratando en voz alta del asunto y reforzando las cifras en la rotundidad del hablar uno con uno mismo en plena calle.

Pegados a las paredes, usando nuestra voz alta como el eslabón contra el pedernal de los contrastantes zócalos de piedra, contrin-cando contra las esquinas nuestras palabras más disparatadas, echando algunas por el buzón de los sótanos entreabiertos y en su profunda oscuridad, iremos adquiriendo una mundanidad mayor.

Quedan notificados, pues, mis amigos y conocidos, además del público de mis lectores en general, para que no se sorprendan de verme chamullar acurrucado en mi gabán o que alguien se lo mente.

Necesito orientarme a mí mismo, y nada mejor para eso que hablarse en voz alta. Discutiré hasta donde debo discutir, sabré hasta qué punto deberé llevarme la contra y prometo no tener grave cuestión conmigo mismo por no ir a la comisaría, ya que en el juicio de faltas siendo yo contrincante y contrinca al mismo tiempo, siempre sería yo el que pagase la multa.

**Ramón Gómez de la Serna (1888-1963).
Escritor español, autor de "Greguerías".**